

ELOGIO DE
JIMENEZ DE QUESADA

POR
JOSE VICENTE CASTRO SILVA



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

BOGOTÁ DE
MAYOR DE GUERRA

1938
BOGOTÁ DE GUERRA

*Se dijo en la Iglesia Cate-
dral el 5 de agosto de
1938, vigilia del Cuarto Cen-
tenario de la fundación de
Bogotá, y día en que se
inauguró el sepulcro del
Adelantado y Mariscal.*



OR segunda vez en el espacio de tres siglos y medio vienen estos despojos y cenizas al sitio que el Mariscal Don Gonzalo Jiménez de Quesada eligió por albergue final de su cuerpo andariego y cansado. El ímpetu que le hizo emprender y rematar aventuras y conquistas, parece que ni aún después de muerto le hubiera otorgado sosiego, y que,



atreviéndose a sus huesos, no consintiera que se domiciliaran en sepultura estable y definitiva. Conducidos por el Arcediano Clavijo hicieron una primera jornada desde Mariquita, y aquí llegaron después de recibir en la plaza de San Francisco el homenaje de las enseñas conquistadoras que se marchitaron con el vaho tórrido de la maraña pantanosa, y ya convertidas en insignia civil, se desplegaron ligeras al aire sutil de Santafé. Los pocos expedicionarios, compañeros y conmlitones de Quesada, que en aquel remoto entonces saludaron por última vez los restos del Adelantado, se trocaron en este innumerable y nobilísimo concurso que está ofreciéndoles un testimonio de memoria permanente. El acatamiento que allá les hicieron los estandartes del poderío hispano se refrenda hoy con el clangor marcial que proclama la majestad de la República; y el pueblo escaso que en 1597 se recogió al paso del ataúd de Don Gonzalo, se ha convertido en muchedumbre crecedera, en la teoría religiosa de nuestros antepasados que sucesivamente vino a orar ante el sepulcro del Fundador, primero, en el suelo santo de esta nave, luego al abrigo del Ara Máxima, después en el panteón de esta Basílica.

Y otra vez, en 1891, salieron los despojos legendarios de su enterramiento para irse a presidir el desfile incesante de los

mueustos, camino del Cementerio; hasta otro día en que, como atraídos por el continuo pasar de la turba enmudecida e inerte, se incluyeron en ella y traspasando el portal de la Necrópolis, hallaron morada en el refugio común donde el olvido se condensa para engendrar silencio.

Mas no era ese el lugar propicio para guardar los restos del Adelantado. El que hizo fabricar doce chozas para que se mudasen, andando el tiempo, en un decoroso ordenamiento urbano; el que dio el primer impulso político a esta capital y supo crear un centro de energía que ya no puede desprenderse del firmamento de la historia; el que fundó una ciudad para que sirviese de entraña primordial a una soberanía, ése no podía quedarse allí donde todo es figura y amonestación de caducidad, imagen de yerta postración, y advertencia dolorosa de la inactividad sin porvenir. Nó... el que le dio cimiento material y espiritual a una urbe que dura y que se dilata por cuatrocientos años, no puede estar en el campo donde la muerte señorea y hace mofa de los empeños y de las esperanzas humanas, sino cobijado por esta arquitectura emblemática del templo metropolitano. Acá, y solamente acá, pueden hallar acomodo y ambiente justos los anhelos pujantes del Mariscal; acá donde la anchura y vastedad del recinto parece que aguardan el advenimiento de multitudes vi-



vaces y siempre renovadas, donde la perspectiva misteriosa es perpetua invitación a vencer el tiempo y el espacio, donde el más leve rumor despierta indefinidas resonancias que hablan a el alma de su virtud para lanzarse a labrar grandezas futuras estribando en las adquisiciones preteritas; acá, en fin, donde vigila y clama de continuo aquella sabiduría celeste que urge y espolea sin cesar a los hombres para que el día de mañana los encuentre más cabales y perfectos que el día de hoy, a semejanza de aquella eterna vida que será un andar perenne de claridad en claridad.

Agobiado sin duda, pero también movido por esta idea imperiosa que es causa de prosperidad terrena y de plenitud ultramundana, el Adelantado mandó enjorar su sepultura no con esmaltes vocingleros y corruptibles, sino con la sentencia cristiana que es afirmación vencedora, clamor de suprema esperanza, cláusula augusta del símbolo de la fe, y voz de personalidad indestructible.

Entregando a la Iglesia estas reliquias, finalizan sus peregrinaciones por decisión nunca bien alabada de los gobiernos nacional y municipal. Uno y otro desempeñan en estos instantes el albaceazgo honroso del Fundador de Bogotá, y son los artífices de la apoteosis debida al hombre de fe en quien se juntaron la perspicacia

de las letras, el imperio de la autoridad y la fortaleza de las armas. De verdad, señores, os debemos reconocimiento porque habeis sabido ejecutar los propósitos inmortales que se albergaron en la mente y en el corazón del Licenciado Jiménez de Quesada!

Los hombres como él, me parece que, demás de pertenecer por sangre y por vecindad a una familia y a una patria territorial, arraigan en las entrañas de una época y concentran y recogen lo mejor de la energía que la caracteriza. De Quesada se ha dicho, en loanza suya, que fue letrado, y que la armadura militar con que trajo por estas tierras no pudo ocultar jamás la toga de garnacha que vistió tempranamente allá en Granada. Recias, rígidas y desaliñadas debían de ser las tales armas, como fue áspera, rigurosa y arriesgada la vida que por acá vivió, pero no tanto que alcanzasen a borrarle de la mente el ritmo y consonancia «*de los metros antiguos castellanos*», ni a estorbarle que en medio a la brega conquistadora se entretuviese unas veces con el cura de Tunja en competiciones literarias, y otras veces depusiese los arrestos batalladores para mirar paisajes, horizontes, lejanías... Ni sólo atendía a mirarlos sino que descubría con pericia de artista sitios de esos que las prosas viejas definen como «*lugar codiciadero para hombre cansado*».



¿Estaré acaso empequeñeciendo al héroe con el recuento de estas finuras y aficiones más propias de un erudito apacible que de un descubridor arriscado e inquieto? Nó, señores; estoy sugiriéndoos que Don Gonzalo era varón de múltiple cultura, perito en leyes, tocado por el afán de universalidad que traen al espíritu las artes óptimas, representante fidelísimo, en una palabra, de aquella generación de hidalgos que suscitó en España la política tan audaz como sabia de Isabel la Católica.

Al otro día de asentar sus reales en la Alhambra musulímica, la monarquía hispana se halló en una situación tan excepcional como quebradiza. Por una parte la unidad nacional, lograda a costa de luchas no menores que las que immortalizaron el nombre de Troya, y por otro lado un desconcierto anárquico entre los elementos que debían intervenir en el manejo de la soberanía. Sin servidores y ministros subordinados al pro común, la unidad nacional, cimentada laboriosamente y piedra por piedra a lo largo de siglos, se desquiciaría para siempre. Y hé aquí por qué la tarea de Isabel y Fernando consistió en convertir en sumisa y dócil una nobleza turbulenta, hacer de los magnates rebeldes auxiliares fieles del gobierno, trocar en ornamento de la majestad a los que con más saña la habían desconocido,

y en servidores del Estado a los caudillos opulentos y codiciosos a quienes fue preciso cercenar añejos privilegios, rentas desaforadas y preeminencias dañinas. E hizo más Isabel, porque celebró Cortes con sólo el estado llano sin reclamación de la aristocracia, alcanzó que muchos de aquellos altivos señores de vasallos dejaran los alcázares por las aulas, y prefirieran los grados académicos a las genealogías desacreditadas, la toga a la espada, y las fecundas glorias del saber a la fama tonitruosa de los combates y a los alardes repulsivos de la fuerza. Se apoyó, en fin, la Reina en el estado llano para robustecer la autoridad suprema, y procediendo con mesura prudente, sacó a lucir la clase humilde, los hidalgos del montón, la honradez pechera. No los abrumó con prerrogativas desusadas que suelen ser ruinosas o por la fatuidad que engendran o por la envidia que acarrear, les abrió, en cambio, el camino de honores y de prosperidades que corresponden al mérito, al talento y a la virtud. ✕

Gentes huérfanas de abolengo fastuoso, gentes ignoradas por los peritos del blasón y de la heráldica, podían llegar y llegaron a ser lumbrera de las universidades, magistrados, consejeros, prelados. Las leyes y la tradición mantenían clases y distinciones, pero el mérito podía nivelar los individuos, y así llegó a verse que un



pobre fraile mendicante, desprovisto de alcurnia pero sobrado de entendimiento, subió hasta la regencia nombrado por un monarca sucesor de treinta reyes. †

En una época así estudió leyes y peroró en los estrados granadinos Jiménez de Quesada. La destreza política de Doña Isabel le sirvió como a tantos otros, para hallar expeditos los rumbos de la notoriedad y para estimularse con razonables expectativas de fortuna. Y le sirvió también, y muy señaladamente, para concebir el arte divino de gobernar que consiste, en no pequeña parte, en entender al hombre, a todo hombre, como un caudal de fuerzas ignotas que es preciso descubrir y adivinar por entre las apariencias toscas y comunes, o raras y exquisitas que lo encubren.

Hijo de un siglo y formado en un medio en donde todo contribuía a exaltar la personalidad y a favorecer sus justas ambiciones, Quesada poseía, probablemente sin percatarse de ello, el temple de los conductores genuinos y de los civilizadores de verdad, que no son los que se alzan con maña sobre el bajo pedestal de la nulidad o de la insignificancia ajenas, sino los que suben a la cima de la fama impulsados por las inteligencias que despertaron, por los caracteres que formaron, por las obras y empresas a que dieron vida y duración. Basamento es éste desa-

fiador de las mudanzas en que se deleita la opinión volandera; y quien como Don Gonzalo supo fabricárselo, deja de ser un hombre que se define y puntualiza con meros datos biográficos, para convertirse en una idea directriz de los pueblos en su ascensión a la cultura.

Mas para llegar a este punto de singulares consecuencias fue preciso que Gonzalo Jiménez de Quesada sufriera el quebranto de sus primeras ambiciones. Un día del año de 1534 los tribunales granatenses fueron teatro de una contienda jurídica entre el futuro Mariscal del Nuevo Reino y su padre, el otro Don Gonzalo, que sostenían allí opuestos intereses industriales. Perdió el pleito Quesada el mozo, perdió también fama y nombradía, perdió así mismo el provecho y ganancia que aguardaban algunos parientes, perdió, en fin, porque era sujeto de extremado pundonor, el arraigo tranquilo y la intimidad del sosiego entre los suyos. Otro, en su lugar, habría sentido que la vida tan estudiosamente planeada se le deshacía miseramente; no así el de Quesada cuya índole y entereza le convidaban entonces, como le convidarían siempre, a convertir los apuros y bajíos de la existencia en atalayas avizoradoras de mejor ventura.

Rota y fallida en sus principios la profesión de la jurisprudencia, Don Gonzalo pensó en otra que sacándole de la



ciudad le habilitase para poner tierras y aun mares de por medio entre él y los testigos de su malandanza. Y hé aquí que por esos días andaba Fernández de Lugo organizando una expedición a las Indias, tratando, en otros términos, de concretar y de dar cuerpo y realidad a la muchedumbre de anhelos y de expectativas que embargaban el ánimo y encendían la imaginación de los españoles y aun de todos los europeos. Porque a partir de los viajes de Colón, no hubo quien no soñara con raras aventuras y descubrimientos en el Nuevo Mundo. Los sabios porque presumían que iban a averiguarse estupendas novedades; los políticos porque preveían la hegemonía insuperable de unas metrópolis cuyo poderío colonial sobrecogería al mundo viejo; los ricos y los pobres porque calculaban las mudanzas que se les vendrían encima con el aporte incesante de riquezas tan fáciles como asombrosas; la religión porque se le ofrecían campos amplísimos a donde llevar la lumbré civilizadora del Evangelio; la vida, en fin, que salta hervorosa y atropelladamente cada vez que un suceso de universal trascendencia clausura una época y entreabre horizontes no pensados a los individuos y a las sociedades.

Que era justamente lo que pasaba a tiempo que Jiménez de Quesada cumplía los treinta y cuatro años. A esas horas,

él y sus contemporáneos estaban habituados a salir de una sorpresa para topar con otra, a combinar un proyecto ordinario e ir a dar fondo en una hazaña épica. A todos les acontecía, en grande o en pequeño, lo de Colón, que empeñándose en rodear el globo salía a atajarle un continente, e imaginando que se avecinaba al Ganges descubría el Orinoco.

Cuando así se mudan o se transfiguran los designios humanos es natural que se ensanche el mundo de las posibilidades que contempla una época, y que los varones que le pertenecen o la representan obedezcan a ideales de expansión y de plenitud que al concebirse parecen fábulas, y al empezar a realizarse se muestran portentosos. Por lo cual, yo no vacilo en señalar como rasgo característico de Quesada, fruto genuino de la España colonizadora del siglo XVI, un apetito innato de conquista. Mas no de esa conquista que la Santa Escritura maldice y que es torpe afán de añadir tierras a tierras, o de multiplicar caudales infecundos, señuelo vil del egoísmo, sino esta otra inmensa e incabable conquista que se traduce en señorío de la inteligencia, en dominio y victoria morales, en imperio sobre las fuerzas físicas, en aptitud para discernir dondequiera el soplo del espíritu, en arte que trasforma la tierra de este cuerpo en mo-



rada del vigor y armonía divinos que son propios del alma.

Saliendo de Sevilla como Alguacil Mayor de Fernández de Lugo, Gonzalo Jiménez no imaginó estas regiones ultramarinas a donde se encaminaba como una plaza de aventuras sin Dios ni ley, o como una feria de granjerías en que el lucro prosperase al arrimo del atropello. Letrado era y jurista, y en su espíritu se abrigan todas las ideas con que la Reina Isabel abonó la grandeza hispánica. Lo que allá había robustecido el gobierno y prosperado las ciencias y las industrias y las artes, eso era lo que trasladado a las recién descubiertas comarcas podía infundirles vitalidad y cultura, eso lo que las redimiría de su rudeza elemental y selvática, eso lo que le daría a la conquista el valor de una creación humana y progresiva, incompatible con el dominio que agosta y aniquila a fuerza de pretender aprovechamiento. Pero eso, si hemos de llamarlo por su nombre, no era radicalmente sino un altísimo concepto de la persona humana y de su dignidad racional, concepto cristiano que en España no sólo engendró una nación siempre opulenta en individualidades poderosas, sino que llegó, en este lapso que consideramos, a cimentar el Estado sobre el fundamento del mérito intrínseco y de las calidades singulares que son atributo de la persona, resplandor de la

educación, y resultado de su propia actividad y diligencia.

Acostumbrado y hecho a esta política, va Jiménez de Quesada a bordo de un velero moroso y desacomodado «*en demanda de tierras nunca vistas*», y procura entretener el ocio forzado de la navegación anticipándose a las contingencias por venir. A tu memoria, ¡oh Fundador de Santafé!, se vendrían entonces tumultuosamente las visiones de insólitas maravillas que popularizaron las cartas de Cristóbal Colón... y tendrías presentes los peligros que por mar y por tierra asechaban a los conquistadores, la vehemencia amotinada de las borrascas y la frecuente ruina de los bastimentos, no menos que las promesas y suavidad de estos climas que el Almirante apellidó «*infinitos*», pobló de riquezas y prestigios, y adornó con el atractivo fascinador del oro y de las piedras rutilantes, de las maderas exquisitas y de las especias aromosas. Y recordabas, ¡oh buen Licenciado!, que las inimaginables novedades de la región austral le hicieron decir a Colón que «*tenía asentada en el alma la creencia de que por acá estaba el propio Paraíso terrenal*». Sabías eso, y lo interpretabas de seguro con mente poética, pero más, mucho más te seducían otros pasajes en que se hacía presente el hombre del Nuevo Continente... Allí veías «*mancebos muy ataviados de armas, arcos*



y flechas, de muy lindo gesto y de fermosos cuerpos, los cabellos cortados a guisa de Castilla, ceñidos con telas labradas que de lejos parecían de seda e remedaban alcazares». Qué veías, ¡oh Fundador!, en esta noticia admirativa sino la base preciosa de toda una civilización, los sujetos aptos para ayudar a construir una sociedad y fraguar un Estado, las energías potenciales y la materia prima que inforrados justa y cabalmente alcanzarían nombre de Nación, el tronco salvaje en que había de injertarse la cultura europea para que rindiese frutos nuevos? Qué veías sino al hombre que cuando es respetado se hace dócil, y cuando se hace dócil se hace libre?

¡Oh Quesada.... Quesada.... yo sé que algunas veces desfalleciste en la ejecución de estas ideas, pero aun así tu vida es testimonio de que el hombre y su derecho fueron sagrados para ti. Títulos tienes para llamarte Adelantado, Mariscal y Fundador, pero falta que te reconozcamos hoy como primer antecedente de la democracia y como precursor remoto de la independencia que amaneció el veinte de julio!

No me digáis que estoy alhajando la figura de Quesada con pensamientos que nunca fueron suyos. Podría ser que des-
acertara al expresarlos, pero los hechos del héroe me autorizan para mostrároslo como un vidente de la República genuina.

Y aquí habéis de recordar que, así en la jurisdicción del arte como en la política, el punto de partida importa menos que sus prolongaciones, y que si la hermosura de un verso o de una frase musical depende de las resonancias que despierta, la significación de un acto debe también medirse por sus repercusiones más lejanas.

Con ciento ochenta hombres metidos en cuatro o cinco bergantines emprende Don Gonzalo la subida del Magdalena donde, según dice Piedrahita, la tierra y el cielo granizaron calamidades sobre la expedición. Hable de ellas el Prelado santafereño, y abandonando las cláusulas rotundas y sentenciosas que aprendió en Tito Livio, suelte la voz conmovida y vehemente para decirnos la entereza del Mariscal y el sufrimiento de su Armada. «¡Oh, válgame Dios!.... que bastasen hombres de carne a romper doscientas leguas de monte espesísimo con sus propias manos!.... En qué género de muerte no tropezaron entonces aquellos nobles españoles.... con qué hambre y sed no agonizaron, de qué pestilencias y de qué fieras no fueron salteados!.... Baste decir que entre fatigas y desventuras llegaron al pueblo de la Tora y de las barrancas bermejas después de ocho meses de jornada».

Pero quédese ahí la calamidad del viaje para servir de fondo a la hombría



del Mariscal. Porque allí se portó como quien era, y cuando todos le instaban a suspender la travesía y a tomar la vuelta de Santa Marta, visto que arreciaban los trabajos y cundían las dolencias, faltaban las utilidades inmediatas y no había sombra ni asomo de ganancias manuales, se despertó en Quesada el letrado... el letrado que nunca se deja aprisionar entre los términos angostos del presente, ni se rinde a la miseria corporal, ni aparta los ojos de los ideales que le enamoran más allá de toda distancia y por encima de todo impedimento.

La nunca fenecida oposición entre el hombre de ingenio que laborea para la historia y los que sólo atienden al interés que se goza sin tardanza, se hizo sentir por allá en las vecindades de la Tora. La hueste maltrecha y afligida soñaba con raciones copiosas, tierras lozaneantes y oro a destajo; y lo comprendía muy bien el Mariscal, pero templaba esta ansia inevitable con el recuerdo y la visión de las hazañas que otros próceres, en antiguas edades, remataron a poder de constancia y de bravura. Ni os sorprenda que en tal ocasión se pongan en boca de Quesada los nombres y ejemplos de capitanes famosos, o que en medio a la fragosidad y cerrazón de una selva espantable suenen remembranzas de la gesta romana. Así tenía que ser el Licenciado, buen sabedor

de lo que vale una voz de aliento que se inspira en la mancomunidad de la grandeza histórica. Así fueron, tres siglos después, Bolívar y Santander, Nariño y Torres y casi todos nuestros libertadores, que sostuvieron y avivaron el fuego de la emancipación con la memoria y culto de los varones que ilustró Plutarco.

Muchas jornadas iban ya hechas por las sierras del Opón, y seguía Jiménez de Quesada abriéndose camino por el infierno verde de los arcabucos. Ciento sesenta y seis hombres le quedaban cuando Céspedes y Olalla avistaron los parajes más limpios y llanos, sin comparación fértiles y deleitables, donde una multitud de gentes diversas se apercibía para la guerra en servicio del Cacique de Tunja. Vencida la naturaleza, iba a empezar la brecha con sus pobladores, y fue entonces cuando se oyó de labios de Quesada la máxima que había de especificar, no digo la conquista, sino la suerte advenidera y hasta el carácter fundamental de la Nación futura: *«En el trato con los naturales importa que nos reconozcan como hombres; no desmintamos con las obras lo racional de los propósitos; no faltemos a lo pactado y nos haremos superiores guardando palabra»*. En estas sentencias, transmitidas por Castellanos y Piedrahita, ¿quién no ve un noble alarde de legalidad y de honradez, un empeño de procurar la igualdad



jurídica y moral entre los conquistadores y los conquistados, un celo cristiano y democrático de fundar la convivencia social sobre la exaltación de la equidad y la justicia, sobre el homenaje a la dignidad de la persona humana, tan merecedora de respeto en el caudillo hispano como en el aborígen inerme y temeroso? Admirad, señores, esta manera de continuidad entre la ideología de Gonzalo Jiménez de Quesada y la de los Padres de la Patria. Clamó el primero en 1537 que se acatasen los derechos de los naturales, e imprimió Nariño en 1793 los «*derechos del hombre*». Por eso le debemos a España Madre una perpetua glorificación: ella sí logró, a pesar de muchas vicisitudes, que donde se hacía una conquista quedase la simiente de una soberanía.

Desmanes, desafueros, sinrazones empañaron el lustre de las máximas de Quesada, pero la flaqueza o la pasión que tantas veces nos hacen ser inconsecuentes, jamás cancelarán los dictámenes justos, mucho menos cuando se hallan tocados por la verdad eterna. Ni es del caso detenernos el día de hoy ante los desfallecimientos de los héroes de antaño, porque el propio Jiménez de Quesada sacudiría el silencio de la tumba para decirnos que, demás de haberlos confesado ante Dios y los hombres, los redimió tremendamente cuando allí en Suesca, escaso de solda-

dos y expuesto a que se le rebelasen y le echasen en rostro un rigor intempestivo, castigó de muerte al que puso mano rapaz y cobarde en los haberes de un indígena.

Se dirá que eso no fue una ostentación encaminada al escarmiento de los propios y a la protección y garantía de los extraños, sino un testimonio de la codicia y hambre de riquezas que varias veces afeó la conducta de los conquistadores y puso en trances dolorosos a los indios. Y se dirá también que Don Gonzalo fue vencido por el afán de atesorar dineros y preseas, de averiguar tesoros y de acrecentar repartimientos que le diesen orgullo y prepotencia. Pero, nó; el Adelantado que salió de aquí y anduvo por las cortes europeas aventando en poco tiempo una cuantiosísima fortuna, para regresar a Santafé ya caduco, al cabo de once años, el Licenciado que «*empeñó su hacienda y porvenir con usureros y prestamistas*» para juntar los ciento cincuenta mil ducados con que salió al descubrimiento de El Dorado que no fue sino una solemne bancarrota, ese Jiménez de Quesada podrá ser llamado pródigo y manirroto, y si hay quien se atreva a ponerle mote de ambicioso, hágalo enhorabuena, porque el espejismo de opulencias que parece encandilar a Don Gonzalo no debe confundirse con la sordidez de la avaricia ni con la torpísima

gana del logrero, es, más bien, un indicio de ánimo magnífico, desapoderado en ocasiones, pero que, descontando el exceso, entallaba y convenía ajustadamente con la índole del Fundador de Bogotá, ciudad timbrada desde sus orígenes como muy noble y leal, a fin de que nunca se aposentaran en ella la parsimonia ruin, ni la mezquindad enemiga del decoro civil y de la elegancia acogedora.

De Francia e Italia, de España y Portugal volvía Quesada a Santafé en 1550. Había mostrado por allá la altanería, desenfado y arrogancia de un príncipe sin desvelos, había sentido también los desvíos y recelos de la corte, amén de la envidia escrupulosa que es parásito de toda superioridad. Pero ni lo uno ni lo otro le habían mermado el señorío del gran político que, restituído a su ciudad, se impuso naturalmente como un oráculo de buen gobierno, como consejero de entrambas autoridades y como guardador alerta de la seguridad ciudadana. Me lo imagino serenamente despectivo cuando allí, en la Plaza Mayor, desvaneció los arresos sediciosos de García Zorro; lo veo docto y mesurado cuando alternaba con el Arzobispo de los Barrios en la primera Sínodo que se juntó en esta Iglesia; lo adivino sobresaltado y prudente, osado e imperioso cuando el Nuevo Reino puso en sus manos la defensa contra las hordas

de Lope de Aguirre. Por todo lo cual hago mía la frase lapidaria de un historiador presente: «*En la mesa gubernamental del Nuevo Reino la cabecera siempre estuvo donde se sentó Quesada*».

Y no sólo gobernó por la autoridad de sus merecimientos, sino que, platicando a la española, comenzó a urdir la trama de nuestra amable tradición santafereña, y contando sus muchas aventuras arrulló en sus comienzos la magna historia de Colombia.

¿Que más puede pedirle al Patriarca de Bogotá?... Fundando esta ciudad a su imagen y semejanza hizo enjambrar en ella altos designios de política, anticipos de cabal democracia, gérmenes de República, semillas de un espíritu jurídico y legal contrapuesto a la violencia invasora de derechos ajenos. Y como él era aguerrido y sin miedo, experto en andanzas y sutil en el ingenio, hizo que éste su solar de adopción fuera gallardo hasta la temeridad, generoso hasta tocar con lo pródigo, agudo estimador de hombres y de cosas hasta dar en la crítica que es intención trajeada de sonrisas.

Ni podía dejarnos Quesada sin la herencia de las letras y sin el amor a los libros. El gran guerrero, el luchador recio y curtido, se atarea un día sobre el «*Gran Cuaderno*», escribe el «*Compendio historial*», discurre sobre Paulo Jovio, y com-



pone «*Relaciones, apuntamientos y noticias*» que vinieron a ser el primer caudal de nuestra literatura.

Y otro día sorprendemos, ya en la edad fatigosa pero sin menoscabo de la capacidad de ensoñación poética, sorprendemos —digo— al docto Licenciado, redactando los «*Ratos de Suesca*», talvez junto a las aguas mansas que todavía resbalan al pie de las rocas misteriosas; y le hallamos, por último, aliñando quizás una oración conceptuosa y devota que a veces interrumpe para escudriñar el paisaje fantástico de Mariquita, último refugio del héroe donde la muerte le tenía citado y emplazado.

Cuenta un cronista que subiendo las tropas de Quesada por las márgenes del Magdalena, hicieron prisioneros a unos indios y que a la mañana siguiente se presentó en el campo una mujer que se abrazó llorando con el hijo que le habían cautivado. Preguntó el Mariscal qué acontecía y le dijeron que esa mujer, por no separarse de los suyos, venía a seguir con ellos prisionera. Y fue tanta la emoción del Adelantado que ordenó se diese libertad a todos los indígenas. Partieron prestamente, y cuando ya se habían perdido en la espesura, volvió la india para dar las gracias a Quesada mirándole con ojos cargados de ternura infinita. Escena fue esta que en el curso de su larga vida no pudo olvidar el

Licenciado quien nunca dejó de conmoverse cuando se le venía a la memoria esa mirada postrimera, supremo homenaje de la raza nativa al que sabía conquistar con magnanimidad. Aquel día, pienso yo, que el Fundador de Bogotá hizo más por la civilización que con todo el rigor que desplegó en sus hazañas militares; y vosotros vais a permitirme que concluya este elogio, convirtiendo en símbolo la historia.

Porque a esa mujer ha sucedido el pueblo colombiano que hoy pone los ojos en DON GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA para agradecerle la idea inmensa que le guió y la creación de una ciudad mandataria de su espíritu y ejecutora de su política fundada en el respeto al hombre. Pero.... ¿y dónde está Jiménez de Quesada para que le miremos?... Nó en ese féretro, relicario de huesos carcomidos; Quesada vive y Quesada alienta en vosotros los que habeis llevado y llevareis la pesadumbre grandiosa del poder temporal y del poder espiritual, en vosotros los que desempeñais el magisterio de las letras, las ciencias y las artes; y a estas horas, al empezar otro siglo de vida, Colombia entera os pide que le conserveis la libertad que se funde con el orden y la justicia que engendra la concordia.

